

—Y oid, don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya; no he venido aquí solamente á reпреnderos, á conminaros por la grosera y miserable calumnia que os habeis atrevido á lanzar contra mí; yo la desprecio, yo no descendo á tales ruindades, otro objeto mas alto me trae, no quiero que se repita el traidor escándalo de Paredes; sobre Fonpudia vamos, y vamos sobre Fonpudia por la cabeza del rebelde don Juan Nuñez de Lara; que no acontezca lo que aconteció en Paredes, porque vive Dios que si una vez sobre la villa, no la combatís por la parte que os toque reciamente como es vuestra obligacion, ó si dais la menor señal de levantar vuestro campo, á vos me torno, os desafío en combate de solo á solo, libro á la reina de un traidor, arrojó puñados de oro á los de vuestra mesnada y la hago hacer lo que vos no hayais querido que haga, y en señal de que no miento, mirad.

Y acercándose rápidamente á su hermano, se quitó el antifaz, y le dejó ver por un momento su semblante, volviendo á ponerse la ferrada máscara.

—¡Hermano! ¡hermano! exclamó don Diego Lopez.

Se oyó una carcajada hueca, terrible, debajo del antifaz del conde don Lope.

—¡Tu hermano! dijo; los muertos no se levantan de su tumba. Olvídate, olvídate de que has creído ver á tu hermano primogénito, no lo digas á nadie, porque puede acontecer muy bien, que la sombra de tu hermano te se aparezca y te haga morir de terror.

Y tras estas palabras, el conde don Lope salió, y dijo á los guardas que todo lo habian oido menos el último período, y que estaban tan dominados y tan aterrados como su señor:

—Id, precededme, franqueadme la poterna.

Y marchó rígido, precedido por los guardas temerosos.

Salió, y se perdió entre las tinieblas en direccion al campo de la compañía franca de los Hermanos de la Selva.

CAPITULO XIV.

EN QUE SE HABLA ALGO DE HISTORIA Y SE TRATA DE UNAS BODAS Y DE UNAS FIESTAS REALES, Y SE CONTIENE UNA CONVERSACION DE DOS ANTIGUOS CONOCIDOS.

I.

Esta entrevista, que podia llamarse fantástica, entre los dos hermanos, no influyó en el suceso del sitio de Fonpudia.

El rey, que habia llegado á Palencia desde Valladolid, siguió con la hueste hácia Fonpudia, sobre la que amaneció al dia siguiente, acometiendo desde el momento á la villa.

Pero importábale poco á don Juan Nuñez de Lara del rey, porque era mozo é inesperto en las cosas de la guerra.

Don Diego Lopez de Haro, estaba enfermo de terror por la aparicion de su hermano, de la que no habia dado noticias á nadie, y no hacia cosa con concierto, ni que de provecho fuese.

Acometian sus mesnaderos bravamente la villa, pero tan mal dirigidos, que eran siempre rechazados.

Al maestre de Santiago don Juan Ozores, no le iba mucho mejor, ni á los otros mesnaderos que al rey servian, siendo infruc-

tuosas las escaladas, y adelantándose muy poco con los ingenios.

La compañía franca pugnaba acometiendo á la villa por la parte de su campo, haciendo gran estrago en los defensores, y rechazándoles en las salidas que hacian.

Pero don Juan Nuñez de Lara tenia dentro de la villa mucha y muy brava gente de guerra, y se defendia mas de lo que hubieran deseado los cercadores, y contestaba con mofa á las intimaciones que el rey le hacia de que se rindiese.

Así pasaron cuatro dias, sin que se hubiese adelantado otra cosa que aportillar un muro viejo, cuyo portillo defendieron enérgicamente los de adentro, reparándolo durante la noche, y al fin la reina determinó marchar de Palencia para Fonpudia, con el intento de animar con su presencia á los cercadores.

II.

Salió de Palencia al quinto dia muy de mañana, y envió un anuncio de que llegaria al real sobre Fonpudia á la hora de comer.

Saliéronla á recibir el rey, el señor de Vizcaya, el maestre de Santiago y los demás ricos hombres y mesnaderos, y viendo don Juan Nuñez de Lara todo aquel movimiento de gente desde lo alto de una torre de la villa, preguntó adónde iban, y le respondieron que iban á recibir á la reina doña María.

Tal pavor le entró á don Juan Nuñez de Lara al saber la llegada de la reina, porque la temia á ella sola mas que á todos los que le cercaban, que se dió por de todo punto perdido.

Y cuando la reina habia llegado con el infante don Enrique y con la mujer de este y con Zayda Fatima y con algunos caballeros que la acompañaban, habló con todos los capitanes del campo, y los escitó para que al otro dia combatesen en todo su poder la villa, y que del cerco no se partiesen hasta que la hubiesen ganado.

Tales razones les dijo, de tal manera les afeó su flojedad y



LA BUENA MADRE.

.....partió de ella con solos diez hombres de á caballo, yéndose á su villa de Lobaton.

su impericia, que todos juraron tomar la villa, ó perecer delante de sus muros.

Súpolo todo don Juan Nuñez aquella misma noche por sus espías, y que los de la reina habian prometido cogerle preso ó muerto, y le entró tal miedo, que aquella noche en el punto en que sonó la queda y estuvo toda la gente de la villa sosegada, partió de ella con solos diez hombres de á caballo, yéndose á su villa de Lobaton.

III.

Sintió gran pesar de esto la reina, cuando por la mañana lo supo, y reunido consejo de capitanes, y consultado lo que se habia de hacer, acordaron, que puesto que era inútil seguir á don Juan Nuñez, porque iba de huida, y no pararia si sabia que le salian al alcance, y llegando ya el plazo fijado para las vistas entre la reina y el rey de Castilla y el rey de Portugal, se dejase por entonces aquello, que tiempo quedaba para castigar á don Juan Nuñez, que por entonces iba bien escarmentado, y con mas deseos de verse en tierras de Aragon que de intentar nuevas cosas en Castilla.

IV.

Volvióse la córte á Valladolid donde permaneció ocho dias, pasados los cuales, y llevando consigo la reina á la infanta doña Constanza, que como desposada de Fernando IV, y aun como rehenes del rey de Portugal habia tenido consigo, partió toda la córte para Toro, y de allí pasó á Zamora, donde permanecieron hasta que supieron de cierto que ya venia el rey de Portugal.

Pasaron entonces á Alcañiz, adonde al otro dia de haber llegado la córte llegó el rey don Dionís.

Durante el tránsito de la corte desde Valladolid á Alcañiz, uni6se á ella Guzman el Bueno, que no quiso la reina que las bodas del rey se hiciesen sin que asistiese á ellas aquel lealísimo vasallo, que tan bien habia cumplido la promesa que habia hecho al rey don Sancho en su lecho de muerte de defender la corona de su hijo. Y no era poco lo que don Alfonso Perez de Guzman habia hecho como adelantado de la frontera del reino de Granada, conteniendo bravamente al rey moro, para que no entrase por tierras de Castilla á empeorar los negocios del rey ayudando á sus enemigos.

V.

Celebráronse con grande ostentacion las bodas del rey don Fernando con la infanta de Portugal, que aún era muy niña, y al mismo tiempo se celebraron las de la infanta doña Beatriz, mas niña aún, con el infante don Alfonso de Portugal, heredero de aquel reino.

Afirmóse el pacto de amistad y de alianza perpétua entre el rey de Castilla y el de Portugal, y este dió al primero trescientos buenos hombres de guerra, acaudillados por el conde don Juan Alfonso de Alburquerque.

Hubo justas, toros, cañas, luminarias, danzas, músicas; se lucieron como grandes justadores don Alfonso Perez de Guzman, don Juan Alfonso de Alburquerque, el alférez Zancudo, que se habia hecho un grande hombre de armas, y dos hermanos llamados Pedro y Juan de Carvajal, que asistian á la corte como camareros de la reina.

Naturalmente, para que se luciesen unos, tenian que deslucirse otros.

Tocóle por contrario á Guzman el Bueno, don Diego Lopez, y le hizo medir la arena del primer encuentro.

Combatióse Alburquerque con Fernan Diaz de Padilla, co-

mendador de Uelés, y le hizo saltar fuera de los arzones, como si hubiera sido de paja.

Zancudo entrecogió á un montañés gigantesco, que se llamaba Pero de Loaisa, y era escudero del maestre de Santiago don Juan Ozores, y le desgobernó de tal manera, que tuvo que quedarse en Alcañiz cuando se fué la corte, y en un mes largo, á pesar de bizmas y de remedios, no pudo moverse sin que le doliesen los huesos.

En cuanto á Pedro de Carvajal, habia afrentado á Juan Alfonso de Benavides, camarero del rey, esquivándole al ir á encontrarle, arrebatándole una banda azul en que llevaba por divisa el nombre de una dama de la reina que se llamaba Estrella; y en la segunda carrera, encontrándole y lanzándole por la grupa del caballo á una gran distancia.

En cuanto á Juan de Carvajal, habia enganchado por el capuz del camisote á Gonzalo Gomez de Caldelas, trinchador del rey, grande amigo de Juan Alfonso de Benavides, grande adulador como él, y gran traidor, que volvia en su provecho el oficio que á la indiscreta confianza del rey debia.

Arrastróle Juan de Carvajal, estropeóle el rostro que fué lo peor que podia haber hecho, porque Gonzalo Gomez de Caldelas se preciaba de lindo, y le puso tal, que su misma madre no le conociera.

VI.

—¿Y aquí estais vos? decia de mal humor aquella tarde al oscurecer el alférez Zancudo á Diego de Moron el Zurdo, que llevaba detrás de sí á su acólito, esto es, Jusepillo; no me dejais ni á sol ni á sombra: ya decia yo; ¿quién es ese bulto que pegado á otro bulto mas chico se me viene detrás? y erais vos; vos, mi espíritu foletto; vos, que se me os vais haciendo ya una postema; vos, á quien no puedo despegar de mí.

—Vamos, don Melchor, dijo el buen Diego de Moron, que ya sé yo que no os pesa de la afición que os tengo, y que hace que no me halle sino cuando estoy cerca de vos.

—¿Y quién os ha dicho que á mí no me pese de tanto cansancio, señor Diego de Moron? ¿A quién le gusta tener un pegadizo que se entere de todas sus acciones, que va á todas partes donde él va, y que se mete en todos los lugares donde él se mete?

—Poco á poco, que yo no me meto nunca, y esto porque no puedo, en la morada de la señora infanta doña Juana Nuñez, y en el departamento donde habita mi señora doña María de la Cinta.

—Cuando digo yo que es una desgracia tener amigos como vos, señor Diego el Zurdo, que como siempre están encima, saben necesariamente lo que uno hace y lo que deja de hacer: pues sabed, señor mio, que yo guardo para que sea mi esposa á doña María de la Cinta, y que como á tal la respeto, y que si entro, si no entro en su aposento, no es sino porque nos amamos tiernamente, y nos complace mucho decirnos ternezas: qué, ¿soy yo como vos, que tan olorosa habeis puesto á la otra desdichada doncella de la infanta, Petra Juana, que ya no se puede resistir el olor de á lo que huele? señor mio, yo soy platónico y vos sois herrador.

—A propósito, porque soy herrador no me aparto de vos esta noche hasta que me convidéis á cenar grandemente, porque sí, y porque gran parte de lo que os habeis lucido en las justas, lo debeis á lo bien que os herré esta mañana el caballo, y á ciertas friegas y untos que le dí en los ijares y detrás de las orejas, con cierta cosa que yo me sé.

—¡Ah! ¿teneis tambien virtud para los caballos? hombre, pues bueno es saberlo; de hoy en adelante no entro en batalla como no me hayais adobado el caballo convenientemente para ser invencible: á propósito, bien podiais gobernarme esta muñeca, que tal latigazo me dió en ella con su lanza aquel jayan sin saber lo que hacia por haber errado el bote, que me escuece que me rabia.

—¿Sí? pues descuidad, señor Zancudo, que mientras cenamos yo os arreglaré eso.

—¿Y dónde vamos á cenar, pecador de mí? que yo no conozco á este pueblo, y no sé si hay en él bodegon ú hostería en que se pueda comer buenamente; porque habeis de saber, que desde que soy caballero, no me contento yo con cualquier bodrio, ni con vinillo matalote, que el gusto mio es comer únicamente, y no quiero comer ruindades.

—Pues decia el señor rey don Alfonso, aquel que llamaban el Sabio, que el buen caballero debe ser sóbrio, y contentarse si á mano viene con un puñado de bellotas, y tener como regalo un pedazo de pan, aunque fuese tan duro, que hubiese necesidad de enviarle al molino.

—El rey don Alfonso decia eso, refiriéndose á los casos apretados y de poca comodidad, que bien sé yo, aunque no le he visto, que al susodicho rey don Alfonso, le gustaban grandemente los buenos bocados.

—El faisán le gustaba mucho á su señoría.

—Pues ahí vereis, y que no seria solo faisán lo que aquel rey sabio embaulase; desengañáos, el hombre ha nacido *ad emendum, ad bibendum, ad amandum, ad dormiendum, quia cetera nulla sunt*; lo que quiere decir, porque os habeis quedado confuso, que el hombre ha nacido para comer, para beber, para amar, y para dormir, y que todo lo demás es nada; y los que seguimos la estrecha ley de la caballería, señor Zurdo, y nos aperreamos andando de dia y de noche á caballo, con el arnés á cuestras, y comemos mal y bebemos peor con suma frecuencia, y dormimos sobre la dura tierra, siendo para nosotros un regalo si logramos por lecho verde cespel, y por techumbre la copa de alguna haya, y nos pasamos semanas y meses sin ver mas hembras que la estrella Venus cuando sale por la noche, y á la descarnada y horrenda muerte cuando nos revolvemos entre las haces enemigas; si todo esto sufrimos, digo, y otras mil perrerías y trabajos que no relato por prolijos, y porque vos los conoceis tan bien como yo, no lo hacemos con otro fin que con el de ganar algun señorío, en el cual, y dentro de fuertes muros y almenadas tor-

res, podamos reposar en lecho de pluma, comer holgadamente á manteles de cuantas buenas cosas cria la ancha mar, los caudalosos rios, la humbrosa selva, y el infinito espacio, en compañía de alguna noble matrona, nuestra esposa digo, criando á nuestros hijos como Dios y la honra mandan, y encaminándolos por el buen sendero de la verdadera caballería, á fin de que despues de que hayan sufrido todos sus trabajos, gocen de la bienandanza de que nosotros gozamos, ostentando con la frente alta y la conciencia limpia, nuestras luengas y honradas canas. Pero á todo esto, señor Diego de Moron, ¿adónde vamos por esta pendiente, pedregosa, oscura, estrecha y fementida calle?

—¿Adónde hemos de ir sino en demanda de la cena, y del agua milagrosa con la cual voy á gobernaros la muñeca? A la plaza del Castillo vamos, donde hay una brava hostería en que han tomado aposento muchos nobles y ricos caballeros de la córte, y los camareros de su señoría la reina, que aunque son muchos, y de buen diente, como gente gorda, la avaricia del hostalero por la ganancia, ya habrá hecho provision bastante para que para nosotros haya algo craso y sabroso.

—Pues mirad que sin saber cómo, me habeis llevado por mi camino, porque á la hostería de la Cruz de Fuego, que así se llama esa que decís que está en la plaza del Castillo, iba yo, porque allí se aposenta nuestra señora en toda un ala que ha tomado para sí y sus doncellas; y habeis de saber, que cuando me dió el grande anillo de oro que gané por premio de la justa en que nuestra señora ha sido la reina, me dijo:

—Zancudo, id á verme esta noche, necesito hablaros, os espero á la queda.

—Pues desde aquí á la queda, dijo Diego de Moron, nos podemos comer un cochinillo tostado, si lo hubiese, un par de ánades y alguna otra bagatela.

—Teneis razon, amigo Zurdo, dijo Zancudo, y yo me alegro de que os hayais venido pegado á mí, porque ¿qué me iba yo á hacer desde ahora que oscurece hasta la queda, que bien se pasarán dos horas? con que buen brio para ejercitar el diente y buen acierto para ese licor maravilloso con que habeis de curar-

me la muñeca, que me duele que me rabia; y como supongo que habeis necesidad de enviar á Jusepillo á vuestra posada, á fin de que busque en la caja de vuestros unguentos esa famosa medicina, mandadle cuanto antes, que ya tendrá tiempo en viniendo de roer los huesos.

—Dígoos, contestó el Zurdo, que ni Jusepillo roe esta noche huesos, porque es la noche del gran dia en que habeis ganado un gran premio, ni es menester que vaya á buscar en mi arca de medicinas la que para vos necesito, que en la hostería nos la harán.

—Hermano Zurdo, yo no me meto en lo de si la harán en la hostería ó si no la harán la medicina, porque ya sabreis vos lo que os decís; pero lo que yo os digo es, que ni aquí ni en el imperio del Gran Turco habeis visto que se siente á par de un caballero y á los mismos manteles, un muchacho de fuelle.

—Buen mantel es para Jusepillo el suelo, dijo Diego de Moron, y con tal de que se le den buenos bocados, quedarase él muy contento de la mesa.

—Pues no se diga mas, y como estamos en la plaza del Castillo, enderecemos hácia la hostería, que, mirad, tiene señalada su cruz de fuego, que de dia es colorada, con cinco candelillas, una en la punta de cada brazo y otra en medio.

—Oid, oid que música tan regalada sale del castillo, y mirad qué iluminacion tan galana se ve por el cañon de la porterna.

—Como que allí tiene *gaudeamus* la córte por las bodas, y hay sarao, y juglares, y trovadores, y farsantes, y allá estará nuestra señora hecha un arcángel, y me parece á mí que aunque nos estemos cenando hasta despues de la queda, no haré falta, porque ya será bien mediada la noche cuando la fiesta real se acabe y vuelva la señora á su posada.

Y en esto entraban por el gran zaguan de la hostería Zancudo y el Zurdo y detrás de ellos Jusepillo.